

Director-proprietario: Federico Corralba Pedreño

Cartagena Artística

~ Ciencias, Artes y Literatura ~

SUSCRIPCIÓN

En toda la provincia de Murcia, un mes, 1 peseta
Fuera de esta Provincia, un mes, 1,15 peseta

Se publica los días 1, 10 y 20 de cada mes

CORRESPONDENCIA

Deberá dirigirse al Administrador de "Cartagena Artística"
20, Calle del Aire, 20

Año 1. Núm. 13.

10 Agosto 1890.

Sumario.

TEXTO.—Biografía de D. Jacinto Martínez y Martí, por L. Cándido.—El Escorial, por Vicente Riva.—A María, por Tomás de Briones.—Serenata, por Carlos Cano.—Un sueño, por Luis María Molina.—La melancolía, por Hermenegildo Lumeras.—El dique flotante, por Florencio Izquierdo.—El Globo de What, por Federico Torralba.—A nuestros suscriptores.—Defunción.

GRABADOS.—D. Jacinto Martínez y Martí. El dique flotante en el Arsenal de Cartagena.

Don Jacinto Martínez y Martí.

Uno de los hijos más ilustres de este pueblo y cuyo nombre vivirá grabado con caracteres indelebles en la memoria de la posteridad, fué el de don Jacinto Martínez y Martí.

Nació en Cartagena el día 17 de Agosto de 1818 y después de cursar con grande aprovechamiento desde 1831 los estudios de segunda enseñanza, en el Real Colegio de la Purísima Concepción de la ciudad de Lorca, pasó á Madrid en el curso de 1834 á 1835 á comenzar la difícil y espinosa carrera de Medicina, que concluyó, cuando apenas contaba 24 años de edad, el día 13 de Octubre de 1842, en que obtuvo el título de Licenciado, después de ostentar las primeras notas en su brillante hoja de estudios, aún á pesar de vivir en época de exagerado rigor académico.

El profundo conocimiento de la ciencia de la vida fué la idea que embargó su mente; y así como los siete sábios de Grecia erigieron un templo á la filosofía del hombre, cuya idea estaba reconcentrada en la conocida sentencia de *Nosce te ipsum*, Jacinto Martínez abrazado á la bandera cuyo lema era Ciencia y Caridad, recorrió su tránsito por el mundo, consagrado exclusivamente al estudio de la organización humana, consiguiendo adquirir á los muy pocos años de práctica, una envidiable y justísima reputación. Al terminar su carrera ingresó por oposición en el cuerpo de Sanidad de la Armada, donde llegó hasta primer médico, conquistándose el aprecio de sus jefes y com-

pañeros, y obteniendo recompensas muy honoríficas y merecidas, entre ellas la cruz de Isabel la Católica, libre de gastos, el año 1856 por la Memoria que presentó al Gobierno sobre el uso del cloruro de cal en el tratamiento de las úlceras; y por los extraordinarios servicios que prestó en el Hospital Militar de esta plaza, aislando la imponente epidemia de gangrena, desarrollada en las salas de cirugía.

Deseoso dedicarse por completo á la ciencia, á que consagraba todos sus afa-

seo de su profesión, y el desinterés con que derramaba las inagotables bondades de su corazón, entre la clase necesitada á la que suministraba los auxilios de su ciencia y sus limosnas, le conquistaron en breve la popularidad y el aprecio de sus conciudadanos, y le consiguieron el nombramiento de miembro de la junta del Hospital de Caridad, legítimo orgullo y timbre el más precioso de la vieja Cartagena.

En el año de 1860 por fallecimiento del eminente cirujano D. Francisco

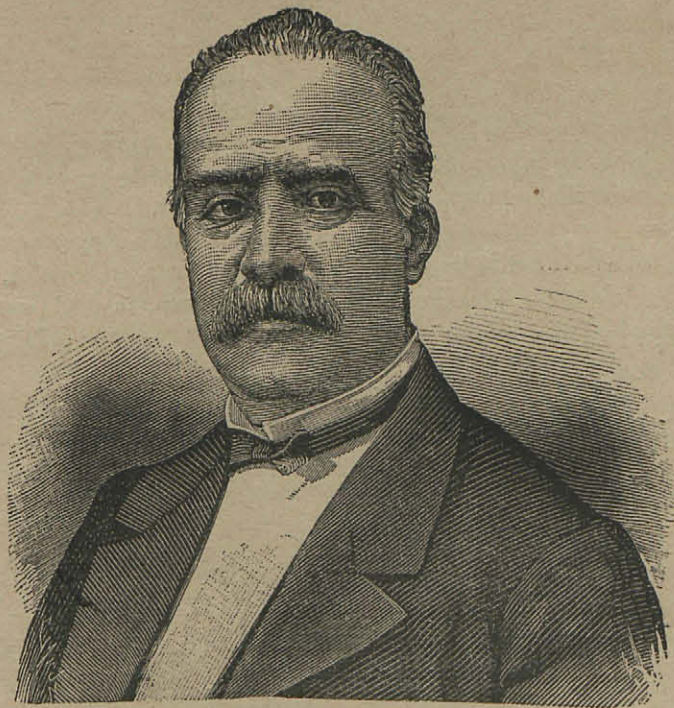
raciones quirúrgicas realizadas, y las mejoras introducidas en el Hospital, que colocó bien pronto al nivel de los adelantos modernos.

Jacinto Martínez, como hombre en su trato social, era amable sin humillación, pensador sin orgullo, amigo cariñoso, de talento claro y práctico: sábio profesor, de laboriosidad infatigable, formaba parte de ese pequeño grupo de hombres excepcionales, que en fuerza de su instrucción enciclopédica y profunda, cultivan á un tiempo y con el mismo brillantísimo éxito, las ciencias y la literatura. Modesto hasta la exageración y á pesar de que jamás quiso publicar ninguno de sus numerosos trabajos científicos, logró desde muy joven merecida fama de buen hablante y de escritor correcto y castizo.

Sus escritos, no tienen seguramente la grandilocuencia de nuestros clásicos, ni la proverbial agradable ligereza de los franceses, ni siquiera la dulzura, que distingue á los italianos; pero en cambio como puede comprobarse en las notas que acerca «del deber de guardar secreto» redactó en 1850 é hizo suyas el Doctor Mata al publicar su magnífica obra de *Medicina legal*, revisten siempre carácter didáctico y unen á la elegancia de formas á que se presta nuestro idioma, la concisión propia del germánico y la profundidad del hombre, que cual él, se consagró por completo durante su vida á la meditación y al trabajo.

Pero aquellos días de gloria, que tanto endulzaron su existencia, viéronse pronto amargados por el dolor intensísimo de la pérdida de la cariñosa compañera de su vida, ocurrida el año 1866.

Desde aquel momento, su carácter alegre y expansivo, se trocó en taciturno y melancólico, su corazón no podía sobrellevar la pesada losa que sobre él echara aquel infausto suceso; visitaba diariamente el sagrado lugar donde yacían los restos queridos de su esposa; todo anunciaba en él, gran abatimiento físico y moral: pero el dolor no trastornó su privilegiada inteligencia, antes bien, hizo despertar en ella una idea grande y al parecer irrealizable; y en las horas de soledad que se deslizaban en religiosa contemplación, concibió un



Don Jacinto Martínez y Martí.

nes, y perfeccionando sus conocimientos con las visitas que como médico de la Armada hizo á los museos y escuelas del extranjero, recibió el último grado de la gerarquía universitaria con la investidura de Doctor en Medicina y Cirugía; abandonó los servicios del Estado, en Marzo de 1856 y comenzó á ejercer su profesión en Cartagena, punto de residencia de sus padres y cariñosa esposa.

Su amor al trabajo revelado desde bien pronto: el apego al honor y al de-

Martínez López, fué elegido el Doctor Martínez Martí para reemplazarle en el cargo de profesor, que en el citado Hospital desempeñaba, cuya elección se acogió con vivísima complacencia por la población entera, que veía en él un digno sucesor del gran cirujano y un presagio de los beneficios que su piedad había de reportar al Establecimiento.

Desde entonces, su reputación fué elevándose en alas de la fama, que le daban las atrevidas y difícilísimas ope-